

manes experimentaba la suerte mas deplorable en el Oriente, en Africa y en España, hacia por el contrario inmensas conquistas en Sajonia, Dinamarca, Suecia, Noruega, Rusia, Polonia y Hungría. La España misma, aun en medio de sus ruinas y de sus conflictos, renovó el grande espectáculo de los primeros mártires con una heroicidad digna de sus mas bellos dias. A pesar de todos los asaltos y triunfos de la barbarie, á pesar de la destruccion de los tronos y del trastorno de toda la tierra, la Iglesia, fundada sobre la piedra, permaneció siempre inmóvil, sirviendo siempre de señal y de faro á los pueblos, despidiendo en todos los tiempos una luz brillante, y siempre atrayendo á sí todas las miradas, siempre magestuosa en el orden de su culto, en la dignidad de sus ceremonias, y en la celebracion de aquel sacrificio augusto, cuyo espectáculo causaba religioso terror aun á la misma impiedad,

Siempre tuvo la Iglesia sus pastores, sus doctores y sus apóstoles, sus mártires si era necesario, una sucesion continua de virgenes y de pobres voluntarios, ejemplos ilustres de virtud en todos los estados y condiciones, y modelos tanto mas multiplicados y brillantes cuanto menos fecundos eran los otros conocimientos científicos. No se

puede inferir cosa en contrario por los desórdenes particulares ni por los abusos considerados y condenados como tales, porque nunca impidieron que la fé comun y las costumbres públicas se dirigiesen conforme á la Escritura y á la tradicion, sin que se estudiase una y otra con fruto, ni que se enseñasen y profesasen, no solo los principios fundamentales, sino tambien todos los artículos de la creencia y de la moral cristiana. Cuanto se ha dicho contra estas verdades ha sido un efecto visible de la irreligion y de la corrupcion; porque se arruinaría la Iglesia ó no tendría mas que una existencia precaria y fortuita, si se pudiese señalar un tiempo en que se hubiese acabado la ciencia de la Religion: lo cual bastaria por sí solo para tenernos en guardia contra las interesadas alegaciones de la heregia, aun cuando por otra parte no tuviesen contrasí, como efectivamente los tienen, los hechos y los monumentos de todos los siglos. Pero aun suponiendo que ella hubiese llegado á alterar todas las ideas, una vez que ya se sabe la historia de este trastorno efímero, nada hay que sea capaz de pervertir un juicio recto y sano. No nos olvidemos jamás de que un impostor astuto, algunos hombres viles, y cierto número de entusiastas bastan por sí solos para producir esa clase de revoluciones.

LIBRO TRIGÉSIMO-CUARTO.

Desde el principio del Pontificado de Urbano II en el año 1088, hasta la conquista de Jerusalem por los cruzados en el de 1099.

LA relajacion de la disciplina y la depravacion de las costumbres son efectos naturales de la ignorancia y olvido de las santas reglas. Menos deben admirarnos los abusos establecidos en los tres siglos que van á servir de materia á la tercera parte de esta *Historia*, que la pureza no interrumpida de la enseñanza pública, y los ejemplos de virtud que no cesaron de turbar la culpable seguridad de los que se separaban de ella. Este es el punto fijo que jamás debe perderse de vista, al observar las diferentes innovaciones y los escándalos que van á referirse. Los escándalos son alarmantes sin duda para la fé sencilla y la tierna piedad; pero trocado este sobresalto en admiracion, la piedad tomará incremento y la fé se afirmará al ver los verdaderos principios triunfar constantemente de aquellos errores ó de aquellos extravios particulares. Porque, al fin, todas aquellas nubes se han disipado, y la santa verdad, como un astro mas radiante despues del eclipse, ha salido de aquellas sombras con todo su esplendor ó su pureza primitiva, y ha llegado hasta nosotros en toda su integridad para pasar del mismo modo á las generaciones futuras hasta la consumacion de los siglos. Cuanto mas trabajan las potestades de las tinieblas en romper el santo depósito, tanto mas se manifiesta la mano del Todopoderoso en la

conservacion de este divino tesoro y de la Iglesia que es su depositaria.

Nunca habia parecido esta tan vacilante como despues de la muerte del Papa Víctor III, cuya repugnancia á admitir el pontificado y cuyas largas incertidumbres y súbita muerte alentaron prodigiosamente la presuncion del Antipapa Guiberto y de sus partidarios cismáticos. Todo el partido católico quedó consternado; y los mas experimentados no sabian que hacer en semejantes circunstancias para preservar á la Iglesia romana de una total ruina. Habiéndose dispersado por todas partes los obispos buscando su propia seguridad, los romanos que se veian en el mayor peligro, la condesa Matilde y otros muchos italianos les enviaron frecuentes diputaciones suplicándoles que se reuniesen y diesen un piloto á la Iglesia agitada por tantas tempestades. Habiéndose convenido entre sí los prelados, escribieron al clero y pueblo católico tanto de Roma como de la Campania, de la Apulia y de otras provincias, para que se reuniesen en Terracina en la primera semana de Cuaresma, y que aquellos á quienes no fuera posible concurrir enviasen por lo menos un diputado con poder por escrito para dar en su nombre su consentimiento.

Celebróse efectivamente la reunion en el sitio señalado, el miércoles de la primera se-

mana de Cuaresma día 8 de marzo de 1088. Reuniéronse á la mañana siguiente en la iglesia catedral, en donde examinaron los poderes de los diputados, principalmente los de Juan, obispo de Porto, representante de todo el clero romano, y los del prefecto Benito, comisionado por los legos. Los diputados de las diferentes iglesias eran cuarenta entre todos, tanto abades como obispos. El de Tusculum, ahora Frascati, representó lo que el Papa Victor, y antes de él San Gregorio VII, habian prescrito para el gobierno de la Iglesia: toda la asamblea lo aprobó, y convinieron en pasar todo aquel día y los dos siguientes en ayunos, oraciones y obras de caridad para conocer la voluntad de Dios.

Volviéronse á congregarse el domingo muy de mañana, y despues de algunas deliberaciones, los obispos de Porto, de Frascati y de Albano, esto es, los tres cardenales que estaban al frente del Concilio, subieron al púlpito, y todos á una voz dijeron que su parecer era se eligiese Pontífice á Oton, obispo de Ostia, pidiendo segun costumbre el consentimiento de la asamblea. Esclamaron todos que Oton era digno del pontificado, y que aprobaban esta eleccion; en seguida el obispo de Albano le nombró Urbano, y luego los Padres se acercaron á él, le despojaron de su capa de lana, le pusieron una de púrpura, le condujeron al altar de San Pedro en medio de las aclamaciones y de los santos cánticos, y le colocaron en el trono pontifical; acto continuo celebró solemnemente la misa. Notificó al punto su eleccion á los católicos de todas las naciones, quienes ensalzaron sobremanera las seguridades que les daba de seguir las huellas de sus predecesores los mas regulares (1). No olvidó á San Hugo de Cluny, de quien era discípulo, entre

(1) Bertold. ann. 1088.

aquellos á quienes dirigió tales testimonios de distincion. El Papa Urbano, segundo de este nombre, era francés, nacido en Châtillon, junto al rio Marne, de la casa de Lageri.

Como el antipapa Guiberto continuaba siendo sostenido vigorosamente en Roma, el Pontífice legitimo poco despues de su eleccion se trasladó á Monte-Casino, en donde nombró cardenal diácono al monge Juan Cayetano que fué despues Papa con el nombre de Gelasio II. Pasó despues á la Pulla y hasta la Sicilia, cuyos duques, descendientes de aquellos valerosos normandos que se habian hecho soberanos en ella, se esforzaron en indemnizarle, con los mas sinceros homenajes, de la inconstancia ó flaqueza de los romanos ya degenerados. El partido cismático sufrió entretanto algunos reveses de consideracion, y con esto cobraron ánimo en Roma y arrojaron de ella á Guiberto, el cual regresó á Ravena despues de haber ofrecido con juramento que no subiría ya á la Silla apostólica. Entró entonces el Papa Urbano en la ciudad y celebró un concilio de ciento y quince obispos, en el que confirmó los estatutos de sus predecesores (1089).

Con el objeto de disminuir mas y mas el cisma, hizo que la condesa Matilde se casase con Guelfo, hijo del duque de Baviera. Despues de trece años de viuda, y á los cuarenta y tres de su edad, no se resolvió á este enlace sino para defender mejor á la Iglesia romana: despues de su muerte, Guelfo protestó que habian vivido constantemente unidos como dos hermanos.

Trasladóse segunda vez el Papa á la Pulla, y tuvo en Melfi un concilio en que se reunieron setenta obispos, doce abades y todos los señores del pais con el duque Rogerio que prestó pleito homenaje al Papa (1). Estableciéronse en él va-

(1) Tom. 10. Conciliar. pag. 478.

rios cánones contra los desórdenes ocasionados ó aumentados por el cisma. Recorrió el Pontífice diferentes provincias, y tuvo otro Concilio en Benevento, en donde se determinó que todos los fieles, clérigos y legos, hombres y mugeres, recibiesen la ceniza en la cabeza el primer día de Cuaresma, y que no se contrajesen matrimonios desde el Adviento hasta la octava de la Epifanía, y desde la Septuagésima hasta la octava de Pentecostés (1091).

Mientras el Papa ejercía así su solicitud en las provincias, los cismáticos que habian permanecido en Roma fueron recobrando poco á poco sus fuerzas. Desde la Campania, donde recibió Urbano la noticia, hubiera podido fácilmente aproximarse con pueblos enteros celosos de su gloria y someter los rebeldes con la fuerza de las armas; pero no queria sostener sus derechos por medio de la violencia. Los partidarios del emperador Enrique tomaron por sorpresa el fuerte Adriano, llamado entonces Torre de Crescencio, y hoy castillo de Sant-Angelo, y el mismo Enrique se apoderó en Lombardia de la fortísima ciudad de Mántua. Estas ventajas permitieron que el antipapa perjuro tomase otra vez la tiara dos años despues de su juramento de no volver á sentarse en la Silla de los Pontífices.

Sin embargo, algun tiempo despues entró Urbano nuevamente en Roma, pero agobiado de deudas, falto de las cosas mas necesarias, y reducido á buscar un asilo entre los ciudadanos que le eran mas afectos. En este estado le halló Gofredo, abad de Vandoma, en casa de Juan Frangipan, en donde no osó por el pronto visitarle sino de noche: despues se disfrazó de erudito para servirle con mas seguridad y aligerar sus penas sin ser conocido. Informado de la necesidad á que el Papa se veia reducido, habia salido Gofredo de Francia con sumas considerables que ascendian á mas de cien

B. DEL C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

marcos de plata. Tenia la Providencia en esta visita miras aun mas superiores á las del generoso abad. Un cierto Ferrucho, encargado por el antipapa Guiberto de la guardia del palacio de Letran, propuso en aquellas circunstancias al Papa Urbano entregarle el palacio y la torre que le defendia, siempre que se le diese cierta cantidad: el abad Gofredo entregó tambien las sumas necesarias para concluir este tratado; y despues de haber apurado todo su dinero, vendió hasta sus equipages y sus caballos (1094). Así pusieron á Urbano en posesion del palacio de Letran y de la Silla pontificia, en que el Pontífice legitimo habia casi perdido las esperanzas de sentarse. Admitió antes de todos á Gofredo á besar los pies, y honróle al punto con el título de cardenal para él y sus sucesores, cuyo título han disfrutado en efecto por espacio de trescientos años.

Los partidarios de Guiberto conservaron el castillo de Sant-Angelo, desde donde causaban sobresaltos y temores perpétuos á los católicos, y particularmente á los extranjeros que habian de transitar por el puente del Tiber para ir á rendir sus homenajes al Vicario de Jesucristo. En cuanto al antipapa, pasó él mismo á Lombardia á alentar ó ausiliar el furor del emperador Enrique; y ya fuese por las expediciones de este príncipe, ó ya por los enredos que Guiberto fomentaba en Roma, lo cierto es que sostuvo su faccion durante todo el reinado de Urbano como lo habia hecho en el de los dos Papas precedentes, y no acabó su cisma sino con su vida en tiempo de Pascual II, despues de haber turbado tambien los principios de este cuarto pontificado.

Durante estas continuas revoluciones, que causan la oscuridad que reina en la serie y fechas de las acciones del Papa Urbano, principalmente en sus primeros años, se mostró este Pontífice tanto mas aplicado

á sus obligaciones, cuanta mayor era la oposicion que encontraba para el ejercicio de sus derechos. Despues de su instalacion estendió su solicitud desde la Iglesia de Oriente hasta las estremidades del Occidente. Envió legados al emperador Alejo Comneno para que no molestase la conciencia de los latinos que vivian en Grecia, á quienes se prohibia el use de los ázimos en el sacrificio. Recibió Alejo sin disgustarse esta reconvenccion, hecha con un afecto paternal, y parece que perseveró constantemente en la comunión de la Iglesia romana.

Recibió Urbano por otra parte las quejas de Bernardo, arzobispo de Toledo, contra Ricardo, abad de San Victor de Marsella y legado de San Gregorio VII en España, en donde habia desempeñado mal su legacia. Bernardo, francés de nacion y discípulo de San Hugo, habia sido enviado por este aventajado maestro á Alfonso, rey de Castilla (a), que le habia pedido un abad capaz

(a) Dijimos ya que el gran rey D. Fernando, poco antes de su muerte ocurrida en 1065, dividió sus Estados entre sus tres hijos, dando á D. Alfonso, que era el mas querido, el reino de Leon, que comprendia la tierra de Campos, parte de Asturias hasta el Deva que baña á Oviedo y algunas plazas que se le dieron en Galicia; al primogénito D. Sancho hizo rey de Castilla, que comprendia por entonces el espacio que cierra los tres rios Ebro, Duero y Pisuerga, á que se añadia la Rioja, ganada por su padre D. Fernando en la batalla de Atapuerca; y á D. García que era el menor le dió Galicia y Portugal. Esta division que se adoptó como un medio de evitar la guerra entre los tres hermanos, fué por el contrario la causa de largas y muy sangrientas luchas que describen estensamente nuestros historiadores. D. Sancho, á quien tocó Castilla, descontento por la particion y creyéndose con derecho á todos los dominios de su padre por ser el primogénito, movió guerra contra su hermano don Alonso, y le venció en Plantada. Retiróse aquel á Leon, donde reunió sus fuerzas, y siendo nuevamente atacado (1070) por don Sancho, logró vencer á este. Pero fuéle costosa la victoria, porque ufano con ella los vencedores, y no queriendo don Alonso persiguiesen á los contrarios para evitar derramamiento de sangre cristiana, se armieron sobre sus laureles. Previo el Cid, don Rodrigo Diaz de Vivar, y así aconsejó á don Sancho con quien militaba, que recojiendo sus huestes fugitivas volviese contra los vencedores que se hallarian descuidados. Hizose así y salió como el Cid habia previsto, los ayer vencedores quedaron hoy vencidos; el mismo don Alonso quedó pre-

de poner en España el monasterio de Sahagun sobre el pié en que Cluny estaba en Francia. Habiendo conquistado el rey Alfonso á Toledo de los moros, trescientos

so y fué conducido á Burgos. A instancias de doña Urraca, á quien don Alfonso habia dado para su defensa buena guarnicion en Zamora, accedió su hermano don Sancho á que no se le quitase la vida sino que pasase á Sahagun y se metiese monje. Unos dicen que efectivamente tomó el hábito, otros que no; pero todos convienen en que con apoyo de los caballeros Anzures ó Peranzules se fugó á Toledo donde se acogió á la hospitalidad que le dió Almanon rey de Toledo. Siguiendo don Sancho en su proyecto de apoderarse de todo lo que fué de su padre y quejoso de lo que doña Urraca habia hecho, á favor de su comun hermano, proyectó ponerla en reclusion. Pasó pues á sitiar á Zamora; pero hallábase esta prevenida y muy en favor de Urraca. Andando pues un día D. Sancho sin las oportunas precauciones en derredor de los muros, salió disimuladamente de la ciudad un caballero llamado Vellido Dolfos, que buscando la espalda al rey le atravesó improvisamente de una lanzada, de que cayó cadáver, y cogiendo Vellido el caballo del rey, huyó á meterse en la ciudad. Esta muerte desconcertó á las tropas de D. Sancho, las cuales se retiraron todas. Acaeció esto segun parece el 7 de octubre de 1072. Doña Urraca avisó al punto á don Alonso lo que habia ocurrido, y este despues de despedirse de Almanon y reiterar el pacto de paz con él, pasó á Zamora para tomar las riendas del gobierno. Para que con el otro hermano don García no sucediera lo que con don Sancho se acordó prenderle, como así se verificó, si bien don Alonso por no tener hijos queria se le tratase bien para que luego sucediese en el reino; pero no llegó el caso, porque don García murió en la prision el 22 de marzo de 1090. Muertos pues don Sancho y don García, y despues de haber jurado en manos del Cid que no habia tenido parte en la muerte de don Sancho, quedó Alfonso único señor de todos los reinos que dividieron sus padres. Hizo dar el título de Reina á su varonil hermana doña Urraca, y fué tal la prudencia de entrambos, que muy pronto se vieron tan bien quistos, tan amados, tan respetados y temidos, que todo era paz y serenidad en sus reinos. Defensores de la Iglesia, y propagadores incansables de la Religion, no omitieron medio alguno de hacerla florecer, y reprimieron con mano fuerte á todos los que la afeaban con sus depravadas costumbres. — Así gobernaban sus reinos don Alfonso VI de Leon y I de Castilla, cuando en el año 1074 principió á mover sus armas contra los moros. Despues de algunas campañas en las que desbarató el poder de los reyes de Córdoba, se dirigió en 1083 contra Toledo, de que ya no era soberano Almanon, pues habia muerto así como su hijo Isen, sino su hijo segundo Hiala, cuyas costumbres eran muy opuestas á las de su padre y hermano, y con quien don Alonso no tenía hecha alianza alguna. Auxiliado además don Alonso con los socorros de Aragon y Navarra, y aun de Francia, Italia y Alemania, se apoderó de aquella capital el 25 de mayo. A la toma de Toledo se siguió la de todas las plazas fuertes que no se habian rendido, á saber: Talavera, Santa Ollalla, Mirueda, Alamin, Arganza, Madrid, Olmos, Olmedo, Canales, Casatalifa, Talamanca, Uceda, Guadalajara, Hita, Rivas, Ca-

sesenta y ocho años despues de estar en poder de estos, el abad francés, universalmente amado y venerado, fué elegido á una voz para arzobispo de esta gran Silla (a). No solo le dió el pálio el Papa Urbano, sino que le nombró primado de toda España (1088). En las palabras del privilegio ó bula de institucion observamos que él no pretendia crear la primacia de Toledo (1), sino establecerla, como si hubiese subsistido antes de la irrupcion de los sarracenos. Por lo demas, la primacia de que se trata apenas era otra cosa que una primacia de honor, que constituia á Bernardo el primero de los metropolitanos de España, tal dice Urbano, como lo han sido antiguamente los obispos de esta misma ciudad. Los demas obispos, añade, os mirarán como su primado, salva la autoridad de la Iglesia y los privilegios de cada metropolitano. Estas últimas palabras contestan á Fleury, el cual dá á entender que Urbano pretendió conferir á Bernardo una jurisdiccion sobre los demas arzobispos, y que creyó que los antiguos arzobispos de Toledo tenían esta jurisdiccion. Estos últimos habian estado únicamente en posesion de consagrar á los reyes de la na-

racoya, Alverde, Mora, Alarcon, Valera, Consuegra, Uclés, Cuenca, Masatigo, Almodovar, Coria, Alabjos, Lisboa, Sintra, Santaren y otras. Pobló el rey todas estas ciudades, las de Estremadura y otras muchas que escaseaban de habitantes en Castilla, ensanchando así maravillosamente sus Estados, y preparándose nuevos dias de gloria. Véanse Ortiz, Mariana, etc.

(N. del E.)

(a) En el año siguiente al de la toma de Toledo, esto es, en 1086, á 18 de diciembre, el católico rey don Alonso hizo se juntase un Concilio en la misma ciudad, con objeto de nombrar arzobispo. Era ya entonces don Bernardo abad de Sahagun, y estaba reputado en toda España por hombre de gran probidad y sabiduría; con lo que, como dice nuestro historiador, obtuvo el voto unánime de los electores. Dotó el rey la catedral y mitra de Toledo, adjudicándole varias tierras y pueblos nuevamente conquistados, con huertas, molinos y quinterías en gran número. El nuevo arzobispo comenzó á gobernar santamente su diócesis y toda su provincia, y aun añadió que sobre toda la España católica se estendió en algun modo su autoridad en calidad de primado.

(N. del E.)

(1) Tom. 10 Concilio, pag. 1635.

cion de que entonces era capital Toledo, y aun desde el año 682 consagraban á todos los obispos de España: esta es toda la primacia que restableció Urbano II.

No parece fuera del caso recordar aqui, á propósito de este acto de Urbano, otro semejante de San Gregorio VII, el cual confirmó cuidadosamente todo lo que habia sido concedido á la iglesia de Lyon por la Santa Sede mucho tiempo antes, y por los Santos Padres cuyos ejemplos, dice, deseaba seguir mediante la divina gracia. Ahora bien, por la constitucion y autoridad de la Santa Sede habia obtenido la iglesia de Lyon, habia ya muchos años, el primado ó primacia sobre las cuatro provincias de Lyon, Rouen, Tours y Sens; sin duda porque no habia habido en las Galias una iglesia mas antigua y mas ilustre que la que habia sido regada en el segundo siglo por la sangre de sus primeros obispos, Potino é Ireneo, y porque en aquella época era Lyon una ciudad mas importante que las otras tres citadas por San Gregorio VII. Con esta ocasion espone este Santo Pontifice la manera con que los Apóstoles y san Clemente, su predecesor, admitieron ó renovaron la division de las provincias y arreglaron la gerarquía eclesiástica, subordinando los obispos de las ciudades inferiores á los de las mas considerables. Su language en esta parte es el mismo que el de los historiadores de los siglos IV y V; además la antigüedad de estas distinciones es tan incontestable que el protestante Mosheim confiesa que antes de Constantino los obispos de las grandes Sillas tenían ya una preeminencia sobre los demas. Que despues, y segun la diversidad de los tiempos, hayan sido llamados unos metropolitanos ó arzobispos, y otros primados ó patriarcas, el nombre no nace nada para el fondo de las cosas, como lo declara San Gregorio VII. Aplicando esta doctrina á la Silla de Lyon, el Papa se li-